El talento de los historiadores de gran prestigio consiste en hacer verosímiles las inverosimilitudes de la Historia.

Los descubrimientos de la psicología bastan para demostrar que la historia clásica es el relato de acontecimientos tan incomprendidos de sus autores como de los escritores que los narraron.

El estudio de la Historia no parece dar a los historiadores una gran facultad de previsión. Sabido es con qué entusiasmo muchos profesores, y especialmente Renán, hacían votos para que se realizara la unidad alemana que nos valieron las guerras de 1870 y 1914.

CAPITULO VII

La inteligencia, el carácter y la educación.

I

LA INCOMPRENSIÓN Y LOS CONFLICTOS MENTALES

Las mismas palabras pueden evocar ideas diferentes; pero la comunidad de idioma no implica la de pensamientos. La incomprensión domina las relaciones entre individuos de sexo, de educación, de raza diferentes.

¿Cómo esperar una comunidad de pensamientos cuando vemos los términos abstractos más corrientes: Dios, alma, naturaleza, libertad, etc., evocar concepciones muy diversas según la materialidad de los seres que las pronuncian?

Querer interpretar desde el punto de vista racional un sentimiento o una creencia, es

ponerse en condiciones de no comprenderla. Lo racional, cuyo papel tan importante es en la génesis de los descubrimientos, ejerce muy poca influencia en la vida de los pueblos.

La comprensión de un código, de una institución, de un tratado, varía con las creencias, los prejuicios, las pasiones de cada época. Así cambian también constantemente las interpretaciones de los historiadores.

La juventud se muestra siempre intolerante, porque no teniendo ni el sentido de las posibilidades ni el de las necesidades, cree fácil resolver cuanto choca con su lógica racional. Hay que reflexionar mucho para descubrir que no es esta lógica la que rige al mundo.

Los cuentos, las leyendas, las obras de arte, las mismas novelas son mucho más verídicas que los libros de historia, porque expresan la sensibilidad de una época, mientras que el lenguaje racional de los historiadores no la da a conocer.

Nuestra opinión de las cosas debe, naturalmente, variar con la evolución de las cosas. Sólo el ignorante posee opiniones invariables.

Si la incomprensión domina las relaciones entre pueblos, es porque la mayoría de las cuestiones implican puntos de vista diferentes: racionales, sentimentales y políticos, que no tienen una medida común.

La simpatía nace fácilmente entre naciones alejadas que no se conocen. Apenas se encuentran en contacto sus divergencias de sentimientos, de ideas y de creencias, se ponen de relieve y toda simpatía desaparece.

Con la interdependencia económica creciente de los pueblos, Europa dejará de ser muy pronto el centro del mundo. Militarmente ya no lo es desde que la experiencia ha demostrado que un ejército puede atravesar el océano. Científicamente también ha dejado de serlo desde que las invenciones del nuevo mundo igualan a las del antiguo. Y económicamente dejó de serlo desde que la mayor parte del oro europeo pasó a América.

II

EL CARÁCTER Y LA INTELIGENCIA EN LA VIDA DE LOS PUEBLOS

El hombre se confiesa raramente los sentimientos que le impulsan y que, por otra parte, no siempre conoce. Los revolucionarios extremistas, cuyos verdaderos guías son el odio y la envidia, se creen animados por el deseo de establecer el reino de la justicia y de la felicidad.

Los errores intelectuales carecen generalmente de duración. Los errores de origen sentimental o místico persisten, por el contrario, mucho tiempo y llegan a veces a trastornar el mundo.

Entre los factores actuales de la vida de

los pueblos, la envidia es el más fuerte, el amor al prójimo el más débil, la esperanza el más incierto.

La amistad representa un sentimiento débil, pero durable: el amor, sentimiento fuerte, pero efímero. La envidia, cuyo papel social deviene tan preponderante, constituye uno de los raros sentimientos que poseen a la vez fuerza y duración.

Más fácilmente se encuentran mil hombres dispuestos a obedecer que uno capaz de tomar una iniciativa.

El placer de matar que anima a los cazadores es tan grande que es el primero que ofrecen a los soberanos cuando visitan un país extranjero.

No nos quejemos demasiado de ver a la hipocresía gobernar a los hombres. El mundo sería un infierno si no existiera la hipocresía.

Se creía en otro tiempo que la ciencia dulcificaría las costumbres. La experiencia prueba, por el contrario, que la ciencia ha hecho las guerras más feroces y mortíferas que antiguamente.

Para dosificar los sentimientos todavía no poseemos ningún medio de medida. El paso de lo cualitativo a lo cuantitativo, que transforma todas las ciencias, está todavía por realizar en el ciclo de lo afectivo.

Si la ciencia llegara a descubrir un termómetro de los sentimientos, de las pasiones y de las voluntades, la conducta del hombre en una circunstancia dada sería tan fácil de calcular como la trayectoria de un planeta.

Un japonés decía que la civilización real es la de los sentimientos. Podría añadirse que si algunos años de enseñanza universitaria proporcionan una dosis suficiente de civilización intelectual, hace falta mucho tiempo más para civilizar los sentimientos. Las crueldades y las devastaciones cometidas por los ale-

manes durante la guerra han mostrado una vez más hasta qué punto la civilización de la inteligencia es extraña a la de los sentimientos.

El fundamento principal de la grandeza de un pueblo no reside en el número de sus habitantes, ni en la extensión de su territorio, ni en el número de sus cañones, sino en la fuerza de su carácter.

Una voluntad fuerte es mucho más útil en la vida que una gran instrucción superpuesta a una voluntad débil.

Lejos de ser una prueba de carácter, la violencia constituye con frecuencia una manifestación de debilidad. El hombre débil se muestra, a veces, violento para ocultar su debilidad.

El ser que no sabe dominar sus impulsos instintivos no tarda en ser esclavo de quienes le ofrecen satisfacerlos.

En todos los asuntos humanos hay que arriesgarse para triunfar. De la justa evaluación de las probabilidades de ganar y de perder dependen los grandes éxitos.

Muchos acontecimientos de la gran guerra han demostrado qué desastres pueden causar la indecisión y la falta de iniciativa. En el Parlamento inglés se reconoció que la guerra hubiera sido muy breve si, al principio de las hostilidades, hubiesen tenido las escuadras un almirante lo bastante audaz para entrar en Constantinopla, como hicieron los alemanes. Para reparar esta falta de carácter perecieron inútilmente cien mil hombres en la expedición de los Dardanelos.

En las civilizaciones complicadas, en las que la más insignificante profesión está erizada de concursos nemotécnicos eliminato-

rios, ocurre fatalmente que las capacidades verdad no pueden librarse de estas barreras artificiales. Así se producen pérdidas de fuerzas y surgen odios de clase desconocidos en los países nuevos como América, donde estos inconvenientes no existen.

Un sentimiento fuerte, no pudiendo ser dominado más que por otro más fuerte, se comprende el empleo del terror por los conquistadores y fundadores de creencias. Los códigos civiles o religiosos siempre tuvieron por sostén amenazas aterradoras.

Para influir sobre los seres que nos rodean, el conocimiento de sus defectos es, a veces, más útil que el de sus cualidades.

Una de las grandes causas de debilidad de los pueblos latinos se debe a que todo su personal directivo ha salido de los exámenes universitarios que ponen a prueba la memoria de los estudiantes, pero no las cualidades de carácter que hacen el valor del hombre en la vida.

III

LA INTELIGENCIA, LOS SENTIMIENTOS Y LA INTUICIÓN

La inteligencia y los sentimientos son compañeros inseparables, pero que raramente, desde el origen de los tiempos, difícilmente han llegado a entenderse.

Como la inteligencia ha evolucionado considerablemente en el curso de los siglos, mientras los sentimientos han cambiado muy poco, resulta una discordancia creciente entre la lógica sentimental, que determina la conducta, y la lógica racional, que procura dirigirla, pero raramente con éxito.

En el dominio de la inteligencia, la diferencia entre los hombres es inmensa. En los ciclos de lo afectivo y de lo místico en que se elaboran las causas de nuestras acciones, desaparece la desigualdad. A esto se debe que un bolchevique sin cultura y un profesor instruído puedan aceptar ilusiones idénticas.

La razón se pone fácilmente al servicio de los sentimientos, mientras que éstos raramente se ponen al servicio de la razón. Esta ley psicológica explica el origen de guerras que ningún argumento racional podría justificar.

El ser cuya inteligencia no consigue dominar la sensibilidad podrá llegar a ser un artista notable, un escritor eminente; pero no un gran hombre de Estado.

Una convicción fundada solamente sobre la razón raramente deviene un móvil de acción. Las influencias místicas y sentimentales son indispensables para provocar la acción.

El hombre progresa cuando comienza a separar su razón de sus pasiones. El progreso se acentúa cuando su razón llega a ser lo bastante fuerte para dominar un sentimiento presente oponiéndole la influencia de un sentimiento lejano.

La adquisición de la aptitud para dominar sus sentimientos exigió siglos de esfuerzos. Muchos pueblos se estacionaron en la época en que Esaú vendía por un plato de lentejas presente su futura primogenitura.

Gracias a la forma de conocimiento llamada intuición, las mujeres llegan a adivinar las consecuencias que la lógica racional no columbra fácilmente.

Sólo la razón puede descubrir si las certidumbres intuitivas constituyen realidades o errores. La inteligencias es, pues, el complemento necesario de la intuición.

Las intuiciones intelectuales son generadoras de descubrimientos en todos los dominios del arte y del pensamiento. Las intuiciones sentimentales representan las verdaderas guías en las circunstancias difíciles de la vida.

Se conoce que una multitud de hombres ha llegado a formar una nación cuando, en los grandes acontecimientos, como la guerra europea, se forman instantáneamente intuiciones colectivas que llevan a todos los ciudadanos a una conducta idéntica, no obstante las divergencias de creencias.

El hábito que permite canalizar las intuiciones y refrenar los impulsos constituye un guía más seguro que todas las enseñanzas de los libros.

IV

LA INSTRUCCIÓN Y LA EDUCACIÓN

En las discusiones sobre la reforma de la enseñanza en Francia, un eminente orador aseguraba que "el helenismo da al espíritu el equilibrio y la armonía de un templo". Este equilibrio del espíritu no basta, desde luego, para crear el equilibrio de los sentimientos, puesto que las constantes discusiones de los antiguos griegos les condujeron a la servidumbre.

Cada fase de una civilización, al diferir de las fases anteriores, requiere una educación adaptada a las nuevas necesidades y a las nuevas mentalidades.